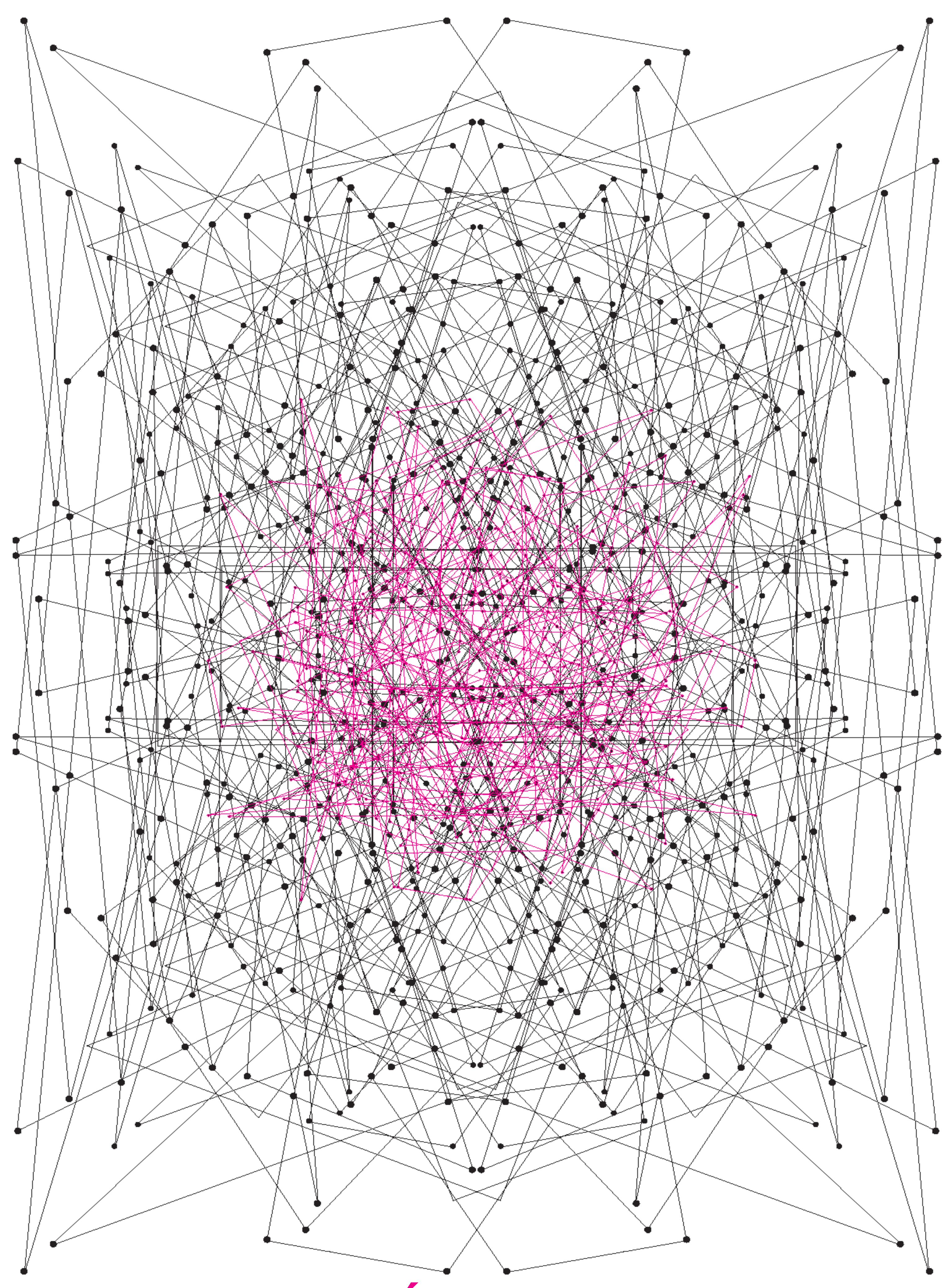
SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 AÑO VI N° 336 11•04•2004

RADAR libros



LA ORGÍA PERPETUA

El saber teórico y práctico acumulado en los últimos años por diferentes colectivos, grupos de autogestión, cooperativas de producción y redes de artistas e intelectuales será puesto en juego en la nueva área "Sociedades experimentales" del Centro Cultural Ricardo Rojas, que inicia esta semana sus actividades con unas jornadas sobre Fourier a las que viene especialmente invitado Pierre-Luc Abramson, especialista francés en Historia Política y Social en América latina.

POR CECILIA SOSA

Comunidades virtuales, cooperativas de panaderos, fábricas recuperadas, colectivos de artistas autogestionados, clubes de trueque y comedores que apuestan a unir, comer y saber. Y hasta sociedades de arquitectos que quieren procesar el trauma de la inundaciones en base a experiencias lúdicas.... A pesar de que las utopías fueron cientos de veces dadas de baja, algo se sigue resistiendo y las asociaciones colectivas (de los pelajes más diversos) siguen dando pruebas de querer seguir viviendo y, claro, coleando. Baste si no espiar detrás de la puerta de una fábrica abandonada para descubrir una cooperativa de obreros que de día trabaja para elevar su producción original y, de noche, cede su espacio a hedónicas *raves* que en salones repletos de máquinas fusionan baile y metal. O los otrora opulentos salones de hoteles que comparten techo con recitales de cumbia electrónica o escritores en diáspora. O esas agrupaciones de artistas & cía. que recrean mundos ajenos a la moneda oficial y dicen regirse por la más erótica de las divinidades. ¿Sociedades replegadas sobre sí mismas?, ¿fútiles proyectos de autoencierro? ¿fantasías utópicas posvanguardia?, ¿minúsculas tribunas del deseo?, ¿cofradías destinadas al fracaso?, ¿un modo de ser en los intersticios urbanos?, ¿nuevos ardides para combatir el mismo aburrimiento? ¡No, no y no! O tal vez, pero no sólo. El Centro Cultural Rojas inaugurará el jueves próximo el área "Sociedades experimentales", una instancia de encuentro, conocimiento y acción que confía en que en ese aliento que recorre microscópicamente la ciudad resida algo que valga la pena de ser investigado y por qué no apoyado y ampliado.

La propuesta es el resultado de una novedosa fusión de voluntades que involucra la imaginería entusiasta de Roberto Jacobi (en el rol de coordinador del área), artista visual y sociólogo y gestor de la micro-sociedad Proyecto Venus, la lucidez ácida de la autodidacta y crítica cultural María Moreno, siempre propensa a la fuerza asociativa de la "banda" (al menos en lo que ésta tiene de sueño autónomo y conspirativo), y la solidez teórica del historiador e investigador Horacio Tarcus, director del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (Cedinci).

Con más preguntas que certezas, la flamante área buscará encontrar puntos de enlace entre los polos más opuestos de las escurridizas experiencias colectivas locales. Para tomar buen impulso, la actividad inaugural serán las jornadas "Desutopías", dedicadas a Charles Fourier, aquel francés delirante que allá por el siglo XIX soñó con *Armonía*, una comunidad agrícola doméstica organizada en torno del deseo, donde "jamás se estará solo y para cada uno habrá un club de semejantes, aunque se trate de deseos tan raros como el del come-inmundicias", según apunta Moreno. El programa incluirá un invitado de *luxe*, tres días de paneles y debates y hasta una fiesta fourierista *(ver aparte)*.

Como siempre y aun antes del estreno, ya se escuchan los primeros saludos y sospechas. "Los modos de gozos son irreprochables. Lo que me parece un poco humorístico es llamarlo 'sociedades' cuando no hay nada en común entre una fábrica recuperada y un colectivo de artistas", arremete el arremetedor psicoanalista Germán García. "Vivir en los intersticios urbanos obliga a estas 'sociedades' a la misma función de las vanguardias de siempre: los surrealistas, los dadaístas, los hippies. Yo mismo viví durante años en casas colectivas, con reglas de tolerancia pegadas en la heladera y cierta liberalidad en las costumbres amorosas. Pero después salíamos a la calle y seguía estando la policía", dice García que, bufidos aparte, ya se anotó con su trabajo "No hay regulación política del goce" para discurrir en las jornadas sobre los puntos de contacto entre la maquinaria amoroso-matemática del proyecto fourierista y el delirio autista e hipocondríaco de Macedonio Fernández. En cambio, Alejandro Kaufman parte del movimiento situacionista nutricional, festeja: "Buenos Aires es un gran experimento: una gran urbe en un país vacío, un espacio urbano devastado por el automóvil, en el que se puede caminar, una ciudad biblioclasta en la que proliferan lectores: su carácter experimental hace que la veamos como algo que está por venir. No estamos situados del lado de la expectativa, sino del fracaso. Por eso emergen siempre experiencias estimulantes, esperanzadas, alegres, en situaciones imposibles y disgregatorias".

Durante más de 20 años hemos escuchado acerca de la destrucción de los espacios públicos. Se ha convertido en una especie de dogma. Puede que algo de eso haya sucedido, pero también sucedió lo contrario y, en todo caso, por qué no intentar revertirlo.

Subutilización de lo posible

Además de funcionar como espacio de encuentro, "Sociedades experimentales" buscará explorar los marcos jurídicos, éticos, filosóficos y económicos de las distintas formas asociativas. Con una continuidad asegurada por dos años, el área tendrá su propia biblioteca, un programa de convocatorias e invitados extranjeros como Miguel Abensour, profesor de la Universidad de París y autor de *L'Utopie de Thomas More à Walter Benjamin*, que llegará en mayo. "La idea surgió de ver las cosas prácticas que estaban pasando. Queremos crear una instancia de reflexión e interacción entre iniciativas muy diferentes para ver si el conocimiento y la experiencia de los otros pueden servir a los demás. Que se produzca un diálogo real, algo distinto al panel de debate o a la mesa redonda", explica Jacobi. El nombre "Sociedades experimentales" busca señalar su carácter exploratorio, no definitivo, de ensayo, casi narrativo. "Existe una acumulación intelectual, de tecnología y de deseos, una permeabilidad de tiempos, espacios y relaciones sociales que no están siendo utilizados: hay una subutilización del mundo de lo posible", dice. El nuevo espacio buscará inspiración tanto en experiencias nacionales como internacionales: utopismos en todas su formas, *kibbutz* rebeldes y hasta comunidades virtuales que, sin conocerse, comparten archivos, libros, música y videos. No suena mal, pero vamos por partes.

Juntos pero separados

De Cecilia, la comunidad del amor en Brasil de 1890, a las experiencias *new age* de los '70; de Ascona, la comunidad anarconaturista suiza que inquietó a Freud y albergó a Hesse, a las cofradías hippie lisérgicas y los comando situacionistas: todos los utopistas (y no sólo) soñaron alguna vez con encontrar "ese espacio vacío" donde acampar con el propio deseo. Los resultados fueron múltiples: algunas, por celos o desavenencias amorosas, sucumbieron en días, otras duraron décadas y algunas marcaron el espíritu de una época. ¿Es posible volver a pensar en algo parecido? ¡¿Y en Argentina?! Es seguro –a riesgo de desilusionar a alguien– de que eso de juntar los petates y embarcar rumbo a la islita no va más: "Las viejas utopías siempre supusieron algo integral: iniciar todo de cero, recuperar la familia o bregar por el amor libre, reestructurar la educación, el Estado..., trabajar la tierra. Y, todas juntas, son ideas bastantes difíciles de afincar. La propia idea del capitalismo es una utopía. Lo que buscamos es reformular la idea de comunidad, no ya como noción integral sino con cada persona funcionando en paralelo y en un conjunto de vínculos distintos. Recrear vínculos comunitarios sin ser una verdadera comunidad, algo más puntual, como sucede en realidad", señala Jacobi. Bien lo supieron (y sufrieron) Sartre y Simone de Beauvoir: dormir juntos no es la única alternativa para que haya encuentro: "Las comunidades que fueron de convivencia anduvieron mal: las formas del deseo son muchas y no es fácil congeniarlas. Por eso pensamos en otras formas asociativas parciales que puedan resultar interesantes. Salir a pescar juntos, por ejemplo", sonríe.

La nueva argentina

POR C. S.

En la sala Cancha, el espacio más amplio y despojado del Centro Cultural Rojas, todo son preparativos para que este jueves se inaugure el área con las Jornadas Fourier: se dispondrán colchonetas y pancartas, y habrá mesas cargadas de esas golosinas que tanto desvelaban al utopista: facturas hojaldradas y con mermelada, nada de pan tan cercano a la necesidad y lejano al deseo. Y flores, muchas flores. Al parecer, lo único que faltará son melones que el *frezzer* de Jacobi dejó licuados. En ese bucólico marco, se podrá descubrir a lo más refinado y persistente de la intelectualidad vernácula apostando a la experimentación durante tres días de palabras y festejos, para colmo gratuitos. La inauguración será a las 20: María Moreno presentará al académico francés Pierre-Luc Abramson, especialista en Historia Política y Social de América latina, que indagará sobre las huellas de Fourier en América latina y sus conexiones con Sarmiento. El viernes 16, desde las 17, se realizará la mesa redonda "Fourier y el socialismo en el siglo XX", donde Horacio Tarcus se ubicará "Entre la utopía y la eu-topía" y Christian Ferrer y Laura Fernández indagarán sobre "Cecilia, la comuna del amor", una comunidad anarquista fundada en Brasil por el italiano Giovanni Rossi en 1890 que contó con el beneplácito del emperador y sucumbió ante las desavenencias de un trío amoroso. Luego, Hernán Díaz y Roberto Pittaluga se extenderán sobre las relaciones entre Fourier y el socialista utópico Saint-Simon, y María Gabriela Mizraje y Juan Molina y Vedia analizarán las posibilidades de las utopías urbanas. El sábado, las jornadas arrancarán a las 17, con Germán García y Horacio González habiéndoselas con el dúo Fourier/Macedonio. Luego, Alejandro Kaufman revisará las posibilidades de reedición de ese *Manifiesto Nutricionalista* que circuló entre agosto y septiembre de 2002, pretendiendo abrir los comedores universitarios a los hambrientos para recrear una arquitectura urbana que demuestre que comer y saber no son cosas tan distintas. A su tiempo, Cristina Iglesias hará una lectura de viaje de Fourier y Sarmiento y, al caer de la tarde, Osvaldo Baigorria, sobreviviente de ocho años de vida en una comunidad anarquista de Canadá, se referirá a las "Sociedades intencionales". Por último, Pablo Ansolabehere buscará, una vez más, "Inventar un nuevo mundo". Como no podía ser de otra manera (o sí, pero cuál mejor), las jornadas terminarán en una fiesta fourierista. A ir precavidos: la forma de organización social de Fourier era la orgía.

Informes: prenrojas@rec.uba.ar, poniendo en el asunto "sociedades experimentales".

¿Cómo funcionará en la práctica?

–Lo que esperaría es que apareciera gente que no conozco, como pasó en Venus, que surgieran nuevos intereses e inquietudes. Las formas de asociación de nuevo tipo son múltiples y muy diferentes. El marco institucional del Rojas, un espacio intermedio entre la comunidad y la academia, puede atraer a gente con saberes muy distintos y propiciar un diálogo con otros que traigan problemas o inquietudes. Lo imagino como una federación o redes de grupos de afinidades: gente que tiene intereses comunes ligados por terminales con otros y otros y otros. No queremos convertirnos en una academia para revisar todas las teorías utópicas. Más bien dar espacio a situaciones nuevas, crear puentes, eliminar los bloqueos que traban una enorme cantidad de lazos sociales.

Desutópicos, ante todo

Casi en un acto de mea-culpa, el área tomará para sí un nombre que apuesta a que el peso de la historia redunde a su favor: la "desutopía", clave para renunciar al integralismo propio de las viejas utopías en pos de un principio, si no más pragmático, sí más ligado a cierta acción directa e inmediata. Así lo explica Jacobi: "Con la idea de desutopía buscamos recuperar una inmediatez: tomar cosas parciales y lograr que se realicen, investigar por medio de la acción formas sociales que aún no se han concretado. Que en un hospital público la gente tenga que ir a las 4 de la mañana, hacer una cola hasta las 8 para pedir el turno, no parece ser necesario". Y contra las voces que gritan "¡trasnochados!", asegura que de alternativos no tienen tanto. "No podemos prescindir de la trama social; tan descomunal es el poder de las creencias, el dinero, el trabajo, los autos, las zapatillas. Pensar en una confrontación es completamente desmesurado. Pero me parece que tiene sentido plantearse de cuántas maneras es posible vincularse", asegura el sociólogo experimental.

Lo público no son las plazas

En la nueva área del Rojas se respira una idea de lo público distinta a la tradicional. Más asociada a una intimidad entre un saber y parecer compartidos que a cuerpos fusionados en multitudes. "Durante más de 20 años hemos escuchado acerca de la destrucción de los espacios públicos. Se ha convertido en una especie de dogma. Puede que algo de eso haya sucedido, pero también sucedió lo contrario y, en todo caso, por qué no intentar revertirlo. Si la gente no lee, bueno: agarrá tu biblioteca, hacé una lista con todos los libros que tenés e intercambialos. Eso es crear espacio público: un grupo de afinidades y un espacio del que se pueda ser parte. No sólo la plaza o las calles. El espacio público es la posibilidad de un encuentro por fuera de las leyes mercantiles establecidas."

La tecnología del don

Uno de los desafíos más importantes que tendrán que enfrentar los desutópicos es cómo propiciar, a esta altura del partido, vínculos no mercantiles o, al menos, no limitados al modo de intercambio oficial. Una de las apuestas es recuperar la idea del don. "Es un problema apasionante. El don como forma de relación social es tan complejo como el del mercado. Es una idea que trabajaron los antropólogos a principios del siglo pasado y que luego fue retomada por Bataille. Se inspira en las sociedades primitivas que no tenían mercado y que funcionaban a través de una política de don. Incluso la guerra era una forma de la donación. El don es una relación social que, aunque compleja, sigue existiendo en la sociedad actual", dice Jacobi.

Pero tanto en los clubes del trueque como en Proyecto Venus, hay una moneda para asignar un valor al intercambio...

–No es la moneda oficial pero sí hay un valor, claro. Lo que sucede es que estas monedas sustitutivas también tienen una parte de don, un componente voluntario y arbitrario que en la moneda estatal parecería estar eliminado. Por eso, en Venus las cosas pueden ser ridículamente baratas o ridículamente caras. Ese es uno de los chistes del sistema: las equivalencias son muy turbulentas.

¿Imagina que estas pequeñas unidades podrían estar vinculadas entre sí por alguna forma de intercambio?

–Podría ser una moneda o alguna forma de registro. Pero hay formas de intercambio que no son estrictamente mercantiles, la "tecnología de la amistad", por ejemplo. La amistad es una forma del intercambio no mensurable, ni proporcional. Me invitas a tu casa, charlamos y a cambio de eso, no te doy exactamente lo mismo, pero algo te doy. Hay una enorme cantidad de intercambios que no son proporcionales, que son porque sí. Algo parecido podría pasar entre estas redes.

¿Y qué intercambio podría haber entre una cooperativa de obreros y un colectivo de artistas?

–Habría que ver. Entre gente que sin conocerse comparte el sistema algorítmico de Linux se establece un vínculo totalmente desmaterializado, por completo opuesto a lo que sucede en una panadería comunitaria del Gran Buenos Aires, que fabrica algo tan básico e inmediato como el pan, pero ¿por qué no pensar que pueden tener algo en común? El destino de una fábrica recuperada es transformarse en una empresa capitalista, es cierto, y parece algo distante a la "tecnología de la amistad". Pero lo que a mí me parece más interesante son los cruces, sobre todo los que se producen entre "cosas" diferentes entre sí. Es probable que encontrar una economía del don entre gente que nada tiene sea más difícil. O tal vez sea al revés. En los lugares de gente más despojada hay quienes se pasan todo el día preparando comida para los chicos de su vecina. No esperamos encontrar comportamientos homogéneos. Qué resultados tendremos, no te lo puedo decir.

O, como dice María Moreno, "Sociedades experimentales aboga por que la dieta política no imponga el orden por sobre el orden de la felicidad".

CAREO CON FOURIER

POR HORACIO GONZALEZ

Leer a Charles Fourier no es hoy un placer ocioso. Su teoría de las pasiones no puede ser desechada. Eso sí, hay que leerlo con risa. La comicidad que causa nunca capitula. Se convierte en una lección sobre qué significa pensar. Involuntariamente, este hijo de la Revolución Francesa, de la Industria y del Absurdo, dice todo lo que durante años, miles y miles de estudiantes de humanidades (incluyendo los de ciencias sociales) buscaron como cifra de reparación social. Pero lo dice como constructor de un orden arquitectónico, sexual y cósmico. ¿Hay que habitarlo? No, pero la carcajada que nos producen sus "decretos" es el filón para pensar en cómo debemos prepararnos para leer con hilaridad al mundo. Así leyó Sarmiento a Fourier.

Fourier fue un absurdo promotor de clasificaciones y geometrías mentales; nadie debería querer habitar en su Falansterio. Sin embargo, su vasto delirio –al que llamó Armonía– nos pone frente a todas las cuestiones relevantes del habitar y el producir humano. Es perdurable su visión de las pasiones intrigantes, las del mariposeo y las exaltantes. Es como un spinozismo inspirado y en idioma cocoliche, pero con observaciones de rara agudeza. Es también como un Foucault en broma, donde el uso de los placeres está sometido a dadivosas conspiraciones y a artísticas combinaciones geométricas, que en su momento motivaron el saludo de Roland Barthes.

Cuando se piensan experimentos con la mismísima materia social (la vida colectiva y su mundo moral) es fácil ser acusado de desvarío. Fourier no sólo lo fue, él mismo se reviste con el ropaje adecuado a esa acusación. Es el desvarío en trance real, caminando y vestido con casaca burguesa. Decirle utopista sería una forma indulgente de señalar al loco y los cuidados que ante él deben tenerse. Sin embargo, la palabra utopía merece toda clase de indulgencias, pues siempre recuerda el precio que podrían pagar los adelantados por un visionarismo fabuloso que tiempo después adquiere su base técnica, en medio de la tranquilidad desabrida de los ciudadanos. Así pasó también con Fourier, que tenía algo de esos personajes de la realidad más crasa –detrás de un mostrador de tienda o en corretaje de mercancías– pero al que ese oscuro mundo práctico le permitiría extraer de sí todo el conocimiento.

En Fourier, las sociedades experimentales se justifican por la busca de una "unidad universal", que es el llamado a conjugar ciencia y pasiones, matemáticas y arrebato, arquitectura y cosmología, numerología y destino personal, maquinismo y gloria napoleónica, como la que también le gustaba a Sorel. Pensó que Bolívar iba a interesarse por sus teorías, y hasta consiguió mandarle su libro *Teoría sobre los cuatro movimientos y destinos generales* al Doctor Francia, monolítico gobernante del Paraguay.

Fourier muere en 1835, el mismo año en que Juan Manuel de Rosas dicta su Ley de Aduanas. Diez años después, Sarmiento viaja a Francia y en el buque se encuentra con Mr. Tandonnet, un discípulo de Fourier que conservaba mechones de pelo y un par de zapatos del utopista fallecido. Tandonnet venía de hablar con Rosas y aprueba su gobierno. En la travesía le explica a un divertido Sarmiento la doctrina de su maestro, lo que motiva que el autor de *Facundo* (que va con ese libro recién salido bajo el brazo) lea a Fourier y haga una graciosa descripción de su doctrina. Se encarniza especialmente con la combinación de fluido boreal y agua de mar que permitiría fabricar una limonada democrática llamada agrisal, y con las anti-ballenas o los anti-tiburones, grandes especies marítimas que, en vez de ser un peligro, remolcarían buques o ayudarían a arrear el pescado.

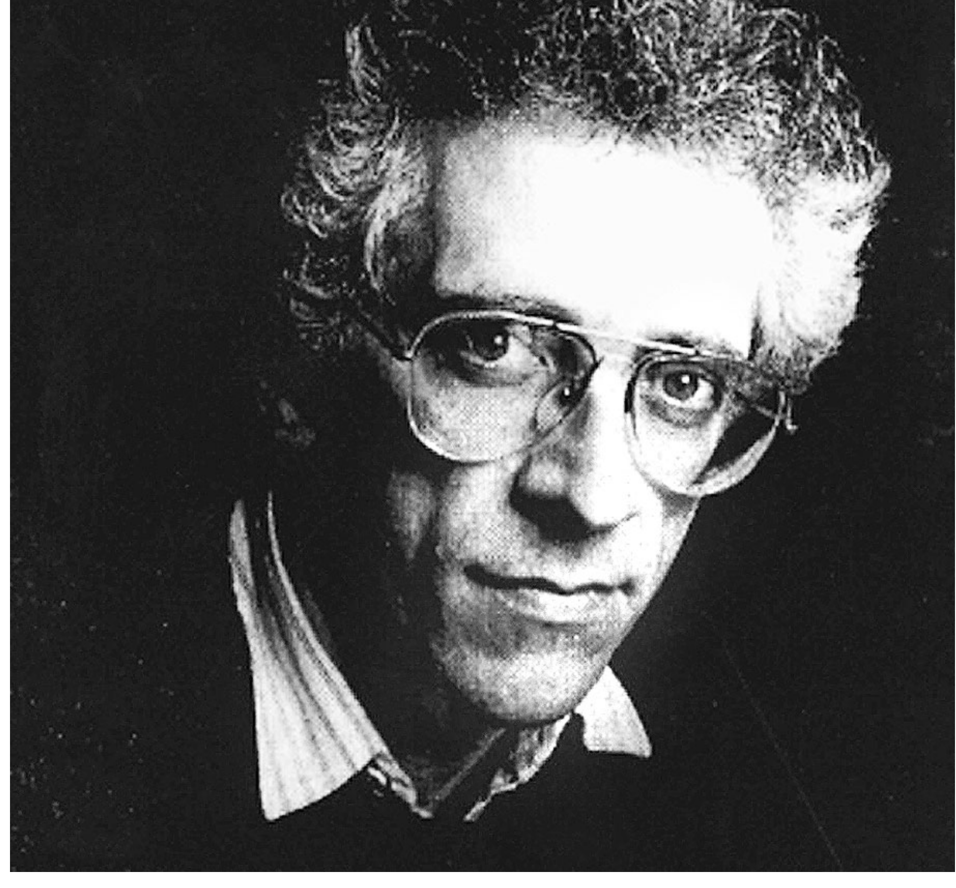
Sarmiento exclama en carta a un amigo: "¿Creerá usted que se haya compuesto este sistema fuera de un hospital de locos?". Y décadas después, aún recordará a Fourier para ponerlo en la serie de maniáticos que forjaban sistemas sociales cerrados, como los del Doctor Francia en Paraguay o las misiones jesuíticas. Las utopías y las sociedades experimentales son dignísimos modos extraviados de la voluntad humana. Exigen el lector cómico, regocijado; exigen una confrontación entre teoría social y mitologías de la existencia. El careo con Fourier permite imaginarlo. En su preocupada burla, el propio Sarmiento esconde mal una fracasada y honda veta fourierista.

El campesino del Danubio

DEBERES Y DELICIAS
UNA VIDA ENTRE FRONTERAS
Tzvetan Todorov

Entrevistas con Catherine Portevin
Fondo de Cultura Económica
Buenos Aires, 2003
287 págs.

POR GUILLERMO SACCOMANNO



Lo que interesa en relación con Tzvetan Todorov (1939) es, una vez más, cómo este "hombre desplazado" (así se define el autor en el nuevo siglo) sigue resultando un modelo intelectual para quienes aman la literatura y no sólo su especificidad: también los intentos de un pensamiento moral en relación con el sujeto y la historia, privilegiando el derecho de los individuos por encima de los experimentos de ingeniería colectiva.

Con respecto a su origen y su itinerario, Todorov lo ha expresado así: "El campesino del Danubio es el persa en París, el bárbaro, aquel que llega de lejos". Y en su descargo: "Todos somos mestizos culturales". Sólo si se entra en contradicción con uno mismo se puede comprender al otro. Esta pareciera ser una idea central en *Deberes y delicias*, el libro reportaje de Catherine Portevin. Siempre dispuesto a no temer la revisión de las propias certezas y poniéndose el primero en entredicho, Todorov piensa su recorrido intelectual como un viaje por las diversas disciplinas que encaró con igual rigor: filología, lingüística, literatura, antropología cultural, teoría psicoanalítica, ciencias políticas, filosofía moral. Todas sus búsquedas apuntaron, según sus propias palabras, a "comprender mejor el material ante mis ojos". Esta actitud se manifestaba ya en el joven Todorov cuando analizaba *nouvelles* y se repetía una pregunta del formalismo ruso: ¿cómo está hecho *El Capote* de Gogol? (Preguntarse esto y también cómo está hecho el mundo es, en términos todorovianos, lo mismo.) Había entonces que superar la biografía del autor, los prototipos de los personajes. Porque la intención analítica era entrar en el taller de producción de la escritura. La misma búsqueda lo impulsó en su madurez a romper con los tics del mandarinato estructuralista planteando que se había hartado de la literaturidad y que ahora le importaba la literatura. "Textos antes que métodos", exigió. "La crítica de la crítica es el colmo; es, sin duda, un signo de la futilidad de los tiempos: ¿quién podrá interesarse en ella?", anotó a mediados de los ochenta.

Si bien Todorov manifiesta en el presente que prefiere ser antes un "mediador" que un intelectual de choque, no son escasos los tarascones que le pega a la intelectualidad parisina, que califica de provinciana en su ombliguismo. Al abandonar la Bulgaria stalinista a fines de los sesenta para instalarse en París, profesores y condiscípulos eran sumisos a la doxa marxista y negaban la realidad del totalitarismo. La simpatía de Todorov estuvo del lado de Camus antes que de Sartre (el mito del intelectual confinado en su obra, no tener hijos, la mente separada de los sentidos), quien le resultaba patético en su maoísmo senil: "Ciertos caprichos, ciertos extravíos son perdonables, incluso seductores, cuando se tienen veinte años, pero a su edad y con su experiencia eran sobre todo la prueba de una inmensa (y culpable) inmadurez política". A Todorov lo marcó un encuentro con Isaiah Berlin en Oxford. Mientras Berlin le servía vodka toda una noche, sin pretender influenciarlo, le despertó el interés en cuestiones como la historia y la política que derribaron sus esquemas de lingüista y semiólogo. Todorov es en la actualidad un pensador clave para reflexionar la circulación de ideas en el mundo y sus consecuencias. En este sentido, se ha ido afirmando como "humanista", lo que le valió en más de una oportunidad el mote de "beato", que se debilita al revisar su producción caracterizada por la persistencia en saltar barreras canónicas. Para un búlgaro exiliado que hizo carrera en el ámbito intelectual más sofisticado de París, eligiendo como padre a Lacan (de quien renegaría más tarde por "manipular" a sus interlocutores) y como madre a Barthes (cuya identidad estaba más en el estilo que en los contenidos), la revisión de sus intereses teóricos luego del encuentro con Berlin representaría un corte. Todorov se concentró en México, en la conquista de América: a partir de la visión de los vencidos, la lectura de una guerra de signos en la que participan Moctezuma, Cortés, la Malinche. El resultado es un ensayo sobre la otredad en el despojo colonial, estableciendo que es preciso abolir prejuicios si se persigue la verdad.

De este modo, el escritor fue trasladándose de una escritura focalizada en lo estrictamente literario a problemáticas que abarcan tanto los campos de concentración y la tortura como la inestabilidad y el quiebre de las democracias occidentales. Colocándose sucesivamente fuera de lugar, son notables sus coincidencias con el palestino Edward Said. A medida que cambiaba de objeto y enfoque, Todorov fue también radicalizando su defensa de la claridad y oponiéndose (como Bourdieu, como Legendre) a una concepción intelectual jerárquica y elitista que preserva su poder a través de una escritura opaca igual que los sacerdotes que protegen sus secretos. "Con frecuencia el vocabulario especializado, la jerga incomprensible tanto como la construcción compleja están para delimitar un territorio, un poco como los perros que orinan alrededor del propio."

Adentrarse en el recorrido intelectual de Todorov a lo largo de sus sesenta y cuatro años inspira fascinación. Pero Todorov no se permite la fatuidad. "Hay que suponer un cierto grado de complacencia cuando se acepta hablar de uno en público (o en privado). La única forma posible de modestia es el silencio." Entonces Todorov apela a una idea de Marina Tsvietáieva: "¿Quién podría hablar de sus sufrimientos sin entusiasmarse, es decir, sin ser feliz?" Para cerrar las entrevistas de Portevin, Todorov escribe un epílogo, "Una vida entre fronteras": "Tengo la impresión de haber buscado siempre la respuesta a una única pregunta: ¿cómo vivir? Para mí el conocimiento no es un objetivo en sí mismo, sino la vía de acceso a un muy poquito más de sabiduría".

El mundo después de conejo

CONEJO EN EL RECUERDO
Y OTRAS HISTORIAS
John Updike

trad. Jordi Fibla
Tusquets
Buenos Aires, 2004
352 págs.

POR RODRIGO FRESÁN

Como libro de cuentos, *Conejo en el recuerdo* no goza de la luminosidad iniciática de *Plumas de paloma* (1962) ni de la madurez casi funeraria de *Lo que queda por vivir* (1994). Es decir, no es uno de esos volúmenes de relatos que –en su integridad y en su equilibrio– apenas parecen esconder el fantasma de una posible novela. Pero sí es más imprescindible que los libros de ficciones breves de Updike porque en sus tripas alberga la más novela que *nouvelle* que le da nombre –Tusquets tuvo la irreprochable sensatez de cambiar el título original del libro *Licks of Love*, bautizado a partir del relato "Improvisaciones de amor en plena Guerra Fría"– y que, inesperadamente, nos presenta el estado de las cosas en el mundo de Harry "Conejo" Angstrom después de su muerte en 1990.

Es sabido que Updike (Pennsylvania, 1932) creó la triste y patética figura de este basquetbolista frustrado y exitoso vendedor de coches como testigo privilegiado y forma comentadora de los constantes cambios de los Estados Unidos en la última y vertiginosa mitad del siglo XX. Así, puntualmente, una vez cada diez años, Conejo funcionó y funciona como un retrato –con estilo naturalista dentro de un autor que tampoco le ha hecho ascos a lo experimental o extranjero; acaso pintado con las mismas decadentes y oscurantistas técnicas de aquel retrato de Dorian Gray– en el que se van haciendo realísticamente evidentes todas las faltas y pecados de un país que no puede quedarse quieto.

A *Corre, Conejo* (1960) le siguieron *El regreso de Conejo* (1971), *Conejo es rico* (1981, probablemente la mejor de todas) y *Conejo en paz* (1990). Dos de ellas ganaron el Pulitzer y un crítico norteamericano lo definió mejor que nadie: "Conejo es ese personaje de ficción del que siempre quieres saber más pero a quien no podrías soportar más de dos minutos en la vida real". Es verdad: las desventuras de Conejo se leen siempre con una mezcla de placentera admiración por el lenguaje con que se las narra y de horrorizado morbo por las cosas que allí se nos cuentan.

En 1995, cuando todo parecía haber sido consumado, el mismo Updike las reunió y retocó y prologó en un único, imprescindible y contundente tomo de más de 1500 páginas para la Everyman's Library con el título general de *Rabbit Angstrom*, haciendo evidente lo que todos sospechaban: el *Ciclo Conejo* conforma lo que sin lugar a dudas es una de esas Grandes Novelas Americanas; y Harry Angstrom y los suyos se codean hoy sin problemas con Huckleberry Finn, Ahab, Jay Gatsby, George F. Babbit, Studs Lonigan, Nick Adams, Augie March, Holden Caulfield, John Yossarian, Nathan Zuckerman y esas familias que pueden llamarse Wapshot o Sartoris.

Aquí y ahora el siempre inquieto y prolífico Updike –luego de este libro ya ha publicado *Seek My Face* (2002), novela en la que investiga las apenas disfrazadas con otros nombres figuras de Jackson Pollock y Andy Warhol, y reordenó en el 2003 su monumental antología *Early Stories*, ya comentada en este suplemento– ha vuelto a visitar a su personaje más emblemático en esta coda post-mortem donde Conejo es una sombra, pero es una sombra poderosa.

Y está claro que –más allá de su ausencia– la vida en la madriguera de los Angstrom sigue siendo complicada: su sufriente viuda Janice se ha vuelto a casar con Ronnie Harrison (amigo y rival de Conejo), su hijo Nelson (fracasado en el negocio automotor y ex cocainómano) ahora es un poco rigoroso; y de golpe reaparece Annabelle Byer (hija secreta de Conejo, nacida hace 40 años de aquel *affaire* con Ruth Leonard) resuelta a investigar sus orígenes. Todos ellos coinciden en 1999, en una cena de Acción de Gracias que, por supuesto, termina conejísticamente. Es decir: mal. Pero escrita, como es costumbre, como sólo Updike puede hacerlo: magníficamente.

Updike ha probado ser uno de esos contados escritores para los que tanto el cuento como la novela le resultan territorios igualmente aptos para su talento y los doce relatos que completan el libro son invariablemente magistrales. Todos y cada uno de ellos –más allá de sus habituales temas, donde se funden las agonías de lo doméstico, los relativos consuelos del sexo, la melancolía por un mundo que ya no existe, y una simpatía por sus personajes que cada vez se confunde más con la piedad y la pena– también emiten señales y guiños para sus más fieles lectores. En "Las mujeres que nos dejan" regresamos al updikeano pueblo de Tarbox; "Mi padre al borde del descrédito" transcurre en Alton, Pa., escenario de la novela *El centauro*; y en "La hora del almuerzo" nos reencontramos con aquel David Kern de "Plumas de paloma". Y *last but not least* su "Oeuvre..." es un siempre deseado reencuentro con el peripatético, bastante mediocre, y ahora septuagenario escritor judío Henry Bech, ganador de un polémico Nobel de Literatura en 1999 –ese premio que a Updike se le viene escapando– y ahora padeciendo la recurrente reaparición de amantes de su pasado mirándolo desde las sillas de sus conferencias. Este último relato, el más gracioso de todos, ya había sido incluido en 2001 –también en la Everyman's Library– en otro volumen totalizador: *The Complete Henry Bech*. Lo que no impedirá –qué duda cabe– que Updike lo vuelva obsoleto e incompleto cualquier día de éstos con una nueva entrega de sus desventuras. Nadie se quejará por ello, por supuesto, y tal vez, quién sabe, el futuro nos depare aventuras sobrenaturales de Bech y Conejo correteando entre las nubes de un infernal paraíso recuperado.

Mientras tanto y hasta entonces, aquí tenemos el terrenal cielo de este libro.

El síndrome de la vaca loca

COSECHA ROBADA
EL SECUESTRO DEL SUMINISTRO MUNDIAL DE ALIMENTOS
Vandana Shiva

Trad. Albino Santos Mosquera
Paidós
Buenos Aires, 2003
156 págs.

POR VERÓNICA GAGO

La militante y física hindú Vandana Shiva propone en este libro una discusión para nada lejana a la Argentina: ¿es verdad que la agricultura industrial –léase: monocultivo de soja transgénica– es la forma más barata y eficaz para paliar el hambre de las mayorías, aunque sea de mala calidad? Este fue el argumento con que, tras la crisis del 2001, se regalaba soja a los comedores populares y a los pequeños productores mientras se dictaban masivamente y de forma gratuita cursos para aprender a cocinarla. Las primeras voces que salieron a impugnar el mito de que unos gramos de soja tenían más proteínas que un kilo de carne cuando, en verdad, la soja modificada genéticamente que se siembra en el país –tercer productor mundial detrás de Estados Unidos y Brasil– es utilizada en Europa para forraje animal, fueron tildadas de no entender las urgencias tercermundistas. Sin embargo, esa falacia ideológica disfrazada de argumento político que consiste en suponer que los alimentos orgánicos son un lujo ecologista de países ricos coincide llamativamente con los planes de las grandes multinacionales del agro.

Shiva explica este mecanismo que se ha desplegado en forma casi idéntica en la India y en Argentina: "Se le recomienda al Tercer Mundo que deje de cultivar alimentos y que compre la comida en los mercados internacionales exportando cultivos comerciales; el proceso de globalización conduce a una situación en la que las sociedades agrícolas del Sur se vuelven cada vez más dependientes de las importaciones de alimentos, pero carecen de las divisas necesarias para costear los alimentos importados".

La dependencia de las importaciones y la devaluación de la moneda que viene de la mano marcan el pasaje, para Shiva, de la "autosuficiencia alimentaria" (basada en una producción y consumo local) a una falsa "independencia alimentaria" que debe "realizarse" en los mercados internacionales.

Con la modificación transgénica de semillas lo que se prohíbe, enfatiza la autora, es el intercambio directo entre productores. Se "patenta" el ciclo vital y se pasa a considerar "piratería" a todo modo de invención. De este modo, se roba a los agricultores los últimos recursos que posibilitan una economía por fuera del mercado global. "Economía del genocidio", le llama Shiva: se sacrifica la diversidad cultural y alimentaria territorial para hacer depender las economías del Sur de las modas culinarias del Norte. Es el caso, por ejemplo, de la cría compulsiva de langostinos que fue impuesta a las poblaciones costeras hindúes y que dio lugar al llamado "efecto Frankenstein": el desplazamiento de las especies nativas por la introducción de especies exóticas, además de la contaminación de las aguas de consumo. Un impacto igualmente grave en las economías descentralizadas de la India tuvo la imposición del aceite de soja en detrimento de los ancestrales y variados proveedores artesanales del aceite de mostaza.

Los análisis que realiza Shiva sobre el episodio de la "vaca loca" como metáfora de la sociedad industrial y verdadero "cruce transgénico de fronteras" apuntan a discutir con quienes sostienen que la crítica a tales experimentos esconde la defensa de una pureza racial: Shiva opone la "vaca loca" como figura *cyborg* (en alusión polémica a las teorizaciones de la feminista norteamericana Donna Haraway) a la figura de las "vacas sagradas" de su país, símbolos de una economía ecológica del cuidado ganadero predominantemente femenina. Tal debate le permite, a su vez, deslizarse por los postulados del feminismo ecológico del que participa: la capacidad auto organizativa de todos los seres vivos y la falsedad de las prescripciones epistemológicas –aunque, claro, evidentemente políticas– para sostener las jerarquías entre conocimiento y práctica, teoría y vida cotidiana.

Letras uruguayas

ONETTI/ LA FUNDACIÓN IMAGINADA
LA PARODIA DEL AUTOR EN LA SAGA DE SANTA MARÍA
Roberto Ferro

Alción
Córdoba, 2003
414 págs.

POR MARCELO DAMIANI

Onetti/ La fundación imaginada de Roberto Ferro es un libro fundamental para la comprensión de los alcances de la escritura del gran escritor uruguayo. La propuesta es leer a Onetti como si todos sus libros fueran un solo texto, y luego pensar este único texto como "una máquina de multiplicar narraciones". A partir de ahí Ferro despliega un impresionante corpus teórico-filosófico que le ayudará a dar cuenta de los múltiples vericuetos del autor de *La vida breve*. Precisamente este texto es esencial para su lectura debido a la problemática del doble origen de la escritura de Onetti, la cronológica y la fundacional. Esta última lo lleva a releer todos sus textos en una suerte de operación tentacular que ya no sólo avanzará analizándolos uno por uno, sino que establecerá lazos retrospectivos e intertextuales con el propio corpus onettiano y con los principales referentes que conforman el canon del autor uruguayo.

Así, algunos aspectos de la obra de Céline y de Faulkner, de Arlt y de Borges (sin dejar de lado a Joyce y a Proust, a Pound y a Oscar Wilde, entre muchos otros) serán puestos en relación con el tono, la problemática y la fundación de la mítica Santa María. Para ello, Ferro se valdrá de la famosa metáfora deleuzeana de rizoma.

En este sentido, son muy insoslayables las implicaciones que se desprenden del cuasi escándalo lingüístico que implica la frase "fundar una ciudad", ya que (como huelga aclarar) toda fundación es un proyecto o gesto imaginario, virtual, siempre más literario que real. Y es acá donde la "fundación" de Santa María por parte de Brausen (mientras escribe un guión de cine por encargo) cobra una significación universal. De esta manera Ferro no sólo puntualiza los lazos que la literatura onettiana tiene con el mundo, sino también con la gran tradición de la literatura occidental.

A propósito de esto, tal vez se podría decir de Onetti (como certeramente ha dicho Alan Pauls de Saer) que escribía con un pie apoyado en el sarcasmo y el otro en la tradición. Un buen ejemplo de lo antedicho se da en *Dejemos hablar al viento*: "Desde muchos años atrás yo había sabido que era necesario meter en la misma bolsa a los católicos, los freudianos, los marxistas y los patriotas. Quiero decir: a cualquiera que tuviese fe, no importa en qué cosa; a cualquiera que opine, sepa o actúe repitiendo pensamientos aprendidos o heredados. Un hombre con fe es más peligroso que una bestia con hambre. La fe los obliga a la acción, a la injusticia, al mal; es bueno escucharlos asintiendo, medir en silencio cauteloso y cortés la intensidad de sus lepras y darles siempre la razón". Esto, sin embargo, no impide que Ferro lea acertadamente el texto onettiano desde posturas psicológicas o marxistas, aunque nunca buscando un último mensaje definitivo sino tratando de expandir y diseminar los sentidos posibles, ya que la literatura de Onetti, entramada en la ambigüedad y la multiplicidad de sentidos, ha resistido tenazmente la tentación de aparecer como portadora de mensajes.

Desde esta perspectiva, Ferro sostiene que los libros del autor uruguayo, en especial *Para una tumba sin nombre*, cuestionan la noción de primera lectura, una idea que está fuertemente vinculada a una concepción consumista de la literatura, ligada a la clausura del sentido y solidaria con la certeza de que el núcleo esencial de todo texto es la fábula que se cuenta. Por último, además de dejarnos la bella imagen de la escritura asimétrica y escarpada de Onetti como una espiral recursiva o una cinta de Möbius donde los personajes se deslizan conscientes de su especificidad literaria, el libro de Ferro tiene el gran mérito de estimular el deseo de volver a leer a Onetti como si (no) fuera la primera vez.

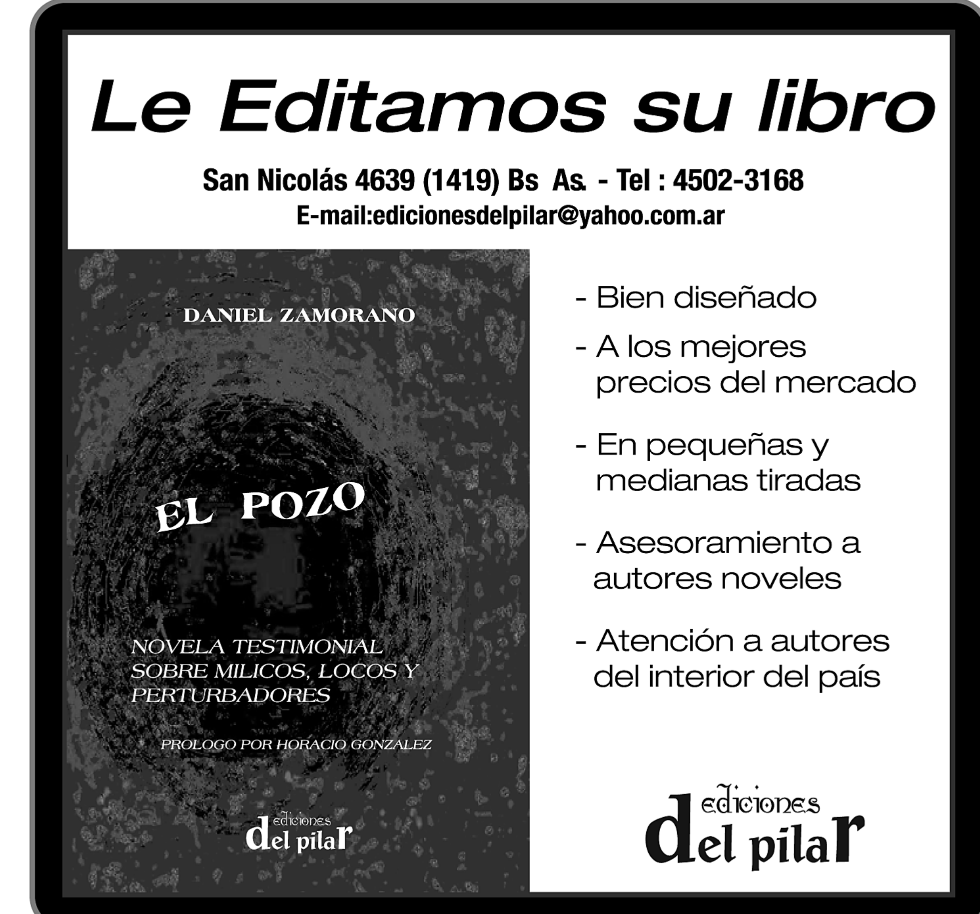
NOTICIAS DEL MUNDO

VIOLENCIA URBANA A partir del 16 de abril, Cristian Alarcón dictará el seminario "Violencia urbana". El seminario estará centrado en el análisis de diversas investigaciones periodísticas sobre casos de exclusión social y violencia. El eje estará puesto en la identificación de aquello que subyace en cada territorio y no en las técnicas de recolección de datos. Para mayor información comunicarse al 43 09 70 27 o a extension@agea.com.ar

EL SIGLO DE JACOBS Bélgica conmemora el centenario de Edgar Pierre Jacobs –una de las figuras del comic en Europa gracias a personajes como el profesor Mortimer y el capitán Blake de la serie *El secreto del espadón*– con varias exposiciones sobre su vida y obra, entre ellas la denominada "El siglo de Jacobs", abierta en el Centro Belga del Comic. El Museo del Cine programó también un ciclo de películas que inspiraron parte de la obra de Jacobs, como *El gabinete del Doctor Caligari* (1919) de Robert Wiene. El servicio postal en colaboración con el Centro Belga del Comic publicará un libro sobre el autor y, como si fuera poco, la Real Casa de la Moneda acuñará una medalla conmemorativa con la efigie de los héroes nacidos del lápiz de Jacobs.

CUMPLEAÑOS ACUÁTICO Con motivo del septuagésimo quinto cumpleaños de Tintín, el reportero más famoso del comic, el Museo Nacional Marítimo de Londres dedica una exposición a sus inolvidables hazañas marinas. "Las aventuras de Tintín en el mar" se inauguró el miércoles pasado y podrá visitarse hasta el 5 de septiembre. La exposición invita a zambullirse en cinco de sus libros de aventuras marinas.

HAY QUE PASAR EL INVIERNO Mediante un acuerdo con Osplad (Obra Social para la Actividad Docente), los socios de la Sociedad de Escritores y Escritoras de Argentina (SEA) podrán afiliarse a esta obra social como socios adherentes, con los mismos derechos que los socios titulares de la entidad. El costo de la afiliación será de $ 30 para los socios de hasta 30 años de edad, $ 45 para los que se hallen entre los 30 y los 60, y de $ 70 para los de más de 60 años. Para mayores datos, llamar al Consejo Local de Capital Federal de la entidad (43 71 19 01). Los socios de la SEA que lo deseen deberán concurrir con su carnet y el cupón de la cuota social al día. Los socios del interior del país deberán dirigirse a la regional de Osplad de su ciudad respectiva.



ENTREVISTA



Color esperanza



De paso por Buenos Aires para presentar su última novela, *Castillos de cartón*, Almudena Grandes conversó con *Radarlibros* sobre el futuro político de Europa, asediada por la barbarie terrorista, y el esperanzador triunfo del Partido Socialista en España.

POR JONATHAN ROVNER

Invitada por el Centro Cultural de España, Almudena Grandes vino a Buenos Aires para presentar su más reciente novela. Su visita anterior había sido en diciembre de 2001, cuando "la única mesa ocupada del bar o restaurante al que iba, era la nuestra". Almudena conversó con *Radarlibros* en el *lobby* del hotel, esta vez, "contenta de ver a la gente más tranquila y los bares más llenos".

Almudena Grandes nació en España, donde, según la conocida fórmula del costumbrista Mariano José de Larra, "escribir es llorar". Almudena cree que escribir en España ya no es llorar. Al menos, para la llamada "nueva narrativa española". Hasta el surgimiento de esta ya no tan nueva generación, en la que Almudena se inscribe, el franquismo se había apropiado de los símbolos, la lengua y la patria española, creando un conflicto de identidad entre los intelectuales y su público. Para los intelectuales progresistas lo español era algo gris, pequeño-burgués y provinciano. El desprecio hacia las propias tradiciones llegó a convertirse en lo que Almudena llama una "enfermedad moral":

–Los escritores españoles despreciaban a los lectores españoles y preferían inscribirse en tradiciones anglosajonas y alemanas. A partir de los ochenta se da un nuevo pacto generacional entre escritores y lectores. Y lo mismo pasó con el cine y la plástica. Se trata de un proceso que todavía sigue vigente. Y, claro, es muy grato trabajar en un país donde se aprecia lo que haces. Si bien son muy pocos los escritores que viven de las regalías, todos trabajamos en actividades paraliterarias, es decir: artículos para periódicos, conferencias, radio, etc. Esto nos permite estar más en contacto con la sociedad.

¿Cree que Occidente está al borde del colapso?

–Yo no sé si usar la palabra colapso, porque es atribuirle al mundo árabe una capacidad que no tiene. Sí creo que el mundo, después de la guerra de Irak, es un sitio más inseguro. Han aumentado las injusticias, las arbitrariedades, la vida en Occidente es peor. Pero no sé si los países del Tercer Mundo puedan aplastar al capitalismo. En todo caso, no puede ser un colapso para provecho del mundo árabe. Occidente todavía no ha tocado techo en lo que a la represión se refiere. Hechos de terrorismo como los que están ocurriendo pueden acercarnos a la idea de una solución final. Y los países de Occidente todavía pueden llegar a tomar una medida que sencillamente termine con el mundo islámico.

Y en España, ¿cómo ve la convivencia con el Islam?

–En España, luego de ocho siglos de convivencia con el mundo islámico, hay una impregnación que se da tanto en lo físico y en la lengua como en el modo de ver la vida. La relación con el mundo islámico, no sólo en España, era un conflicto para el que hacían falta políticos finos. Pero en España, al igual que en el resto del mundo globalizado, ha desaparecido la política fina e impera una política de brocha gorda. No se analiza la situación, se piensan las cosas como en las películas del Lejano Oeste, donde los buenos son los buenos y los malos son malos. Y es por eso que en las ciudades de Europa, donde hay una inmigración masiva de distintos países del mundo árabe y de Oriente, cuando lo que debería ocurrir es que la gente se vuelva más cosmopolita, más conocedora y tolerante con las otras culturas, lo que sucede es más bien lo contrario.

Y en la vida cotidiana, ¿cómo se refleja la inmediatez de esa reacción?

–Yo estoy orgullosa de ser madrileña. La gente de Madrid ha actuado de manera admirable. Estuve, antes de venir a la Argentina, en Atocha, el lugar donde estallaron las bombas. Se ha convertido en una especie de santuario monstruoso, pero que no tiene nada que ver con el *ground zero* de Nueva York. Aquí no hay álbumes de fotos ni guantes de béisbol pero sí muchas inscripciones de repudio al atentado y muchas, muchísimas, dicen "los inmigrantes no tienen la culpa". Ha sido un *shock* tremendo del que todavía no nos hemos recuperado y no sé si nos vamos a recuperar.

¿Qué sensación le produce el nuevo gobierno?

–Cuando perdió el PP yo, que llevaba años diciendo que el día que el PP saliera del poder iba a ser feliz, no pude ser feliz porque era un día empañado por el luto. Sí sentí un alivio inmenso, como el que se siente por la interrupción de una pesadilla. El triunfo del Partido Socialista se dio gracias a una sociedad civil movilizada. Desde la huelga general de 2002, la sociedad española se había movilizado y esto se manifestaba en todos los colectivos sociales que fueron los que, de una vez, obtuvieron respuesta en las medidas que anunció Zapatero en su discurso. Eso es algo que me llena de esperanza.



EZLN

La historia oficial

En 1997, la periodista mexicana Gloria Muñoz Ramírez abandonó a su familia y su trabajo en el diario azteca *La Jornada* para vivir durante 7 años entre las comunidades indígenas zapatistas. Hoy, a veinte años de la fundación del EZLN y a diez de la declaración de guerra al Estado de México, publica *20 y 10, el fuego y la palabra* (revista *Rebeldía*). Con un prólogo del subcomandante Marcos, que le da un aire de biografía autorizada del movimiento, Muñoz Ramírez escribe la crónica de una lucha a partir de los testimonios de sus protagonistas y de su propia experiencia de vida. Recién llegada de una Atenas tapizada con la tapa de la versión griega de su libro, conversó en París con *Radarlibros*.

POR ALEJO SCHAPIRE, DESDE PARÍS

¿Qué es lo que ha cambiado en veinte años de lucha en Chiapas?

–Están en el momento más creativo de su organización interna. Después de veinte años de lucha y de diez del levantamiento en las comunidades zapatistas se vive un proceso de autonomía importantísimo que tiene que ver con la organización de proyectos autogestivos de educación, salud, comercio alternativo, de medios de comunicación alternativos y, sobre todo, con una forma de gobierno autónoma. Están las Juntas de Buen Gobierno que tienen, entre muchas funciones, la de mantener un contacto directo con la sociedad civil nacional e internacional, de gobierno autónomo a sociedad; tienen también las funciones de resolver los conflictos intracomunitarios con comunidades no zapatistas, de equilibrar el desarrollo entre los municipios autónomos que conforman el territorio rebelde. En resumen, de hacer en la práctica la consigna zapatista del "mandar obedeciendo" que, en términos generales, significa una nueva relación entre gobernados y gobernantes.

¿Cómo se traduce este cambio en la vida cotidiana de los indígenas?

–Se traduce en que una niña y un niño zapatistas ya van a la escuela; se traduce en que las mujeres ya cuentan con microclínicas para atenderse; se traduce en que hay cooperativas de café que están exportando a Italia, España y Francia; se traduce en que existen cinco radios rebeldes que se escuchan todos los días en las cinco regiones zapatistas; se traduce en que hay cinco programas diferentes de educación. ¿Qué quiere decir esto? Es muy importante, porque la autonomía empieza dentro de las comunidades, y no pueden tener un mismo sistema educativo una región y otra que pertenecen a diferentes culturas. Entonces, el derecho a la identidad, el derecho a la diferencia desde dentro del territorio son cosas muy concretas que se llevan en este momento a cabo en las comunidades. No es una organización perfecta, claro, pero es una organización que se hace con todo en contra, que se organiza en medio de la paramilitarización, de la militarización, del hostigamiento policíaco o de las embestidas políticas.

En sus comunicados destinados a la población civil, los zapatistas insisten de manera recurrente en la defensa de la condición de la mujer y de la situación de homosexuales y lesbianas. ¿Existe una política sexual zapatista?

–No, lo que ha habido con respecto al movimiento homosexual ha sido una identificación de lucha. Se identifican con las minorías, con dos sectores minoritarios que comparten la discriminación, la marginación, una serie de agravios muchas veces por parte de los gobiernos y de la sociedad misma en contra de ellos. Esta es la identificación del movimiento zapatista con el movimiento homosexual. Concretamente con los movimientos homosexuales y de lesbianas, lo que ellos han hecho es hermanar sus luchas. Los zapatistas envían mensajes a las marchas por las reivindicaciones homosexuales; a su vez los homosexuales están pendientes de lo que pasa en las comunidades indígenas.

Con respecto a la mujer, ese es un asunto aparte. Partimos primero de la situación de la mujer indígena en general y no nada más de la indígena zapatista. La mujer indígena sufre tres marginaciones: ser mujer, por género; ser pobre, por condición social, y ser indígena, por usos y costumbres. Contra las dos primeras luchan con una organización que las respalda, pero contra la tercera, contra la ser indígena luchan contra sus propios usos y costumbres, contra su propia comunidad. La diferencia de una mujer indígena y de una mujer indígena zapatista rebelde es que ésta se está abriendo cada vez más espacio dentro de su comunidad y dentro de su organización. No es fácil, luchan constantemente por abrirse estos espacios, es la lucha dentro de la lucha, la revolución dentro de la revolución. Si usted me dijera dónde hay un real cambio: en las reivindicaciones de las mujeres.

¿Qué derechos adquirieron?

–Ir a la escuela. Una niña indígena, por usos y costumbres, en muchas comunidades no asistía a la escuela. Arrebatarles ayuda a la madre para mandar a esa niña a la escuela es un cambio de 180 grados. ¿Un cambio más? Están organizadas en cooperativas en la que ellas mismas administran sus propios recursos, cosa que antes no pasaba: ellas trabajaban y los hombres administraban. Otro cambio: ahora están metidas en el Comité Clandestino Revolucionario Indígena, es decir un buen porcentaje de comandantas, que forman parte de la principal estructura del EZLN. Hace diez años todo esto no existía.

Carlos Monsiváis trató de definir el zapatismo como "el síntoma de algo", y el hecho de que este libro sea traducido al persa, entre otras lenguas, parece confirmarlo. Más allá de la realidad que viven los indígenas de Chiapas, ¿cómo interpreta el interés planetario en el zapatismo?

–Es el síntoma de la rebeldía. El síntoma de que hay rebeldías a lo largo y lo ancho del planeta, que se sienten identificadas por un movimiento que en el sur de un país que se llama México está realizando una práctica muy concreta de lucha contra el poder. Es decir: si se puede luchar en las condiciones que lo hacen los zapatistas, pueden luchar en cualquier lado. No son un ejemplo a seguir, sino un referente importante. Considero que los zapatistas tienen mucha influencia en muchos movimientos de resistencia en diferentes partes del mundo porque tienen una práctica real, con todos los obstáculos y deficiencias del mundo, pero que todos los días se construye. Eso a los movimientos de diferentes lugares les interesa. Además tienen un lenguaje diferente del de los movimientos de izquierda tradicionales.

FERIA DEL LIBRO

Anticipos de la Feria

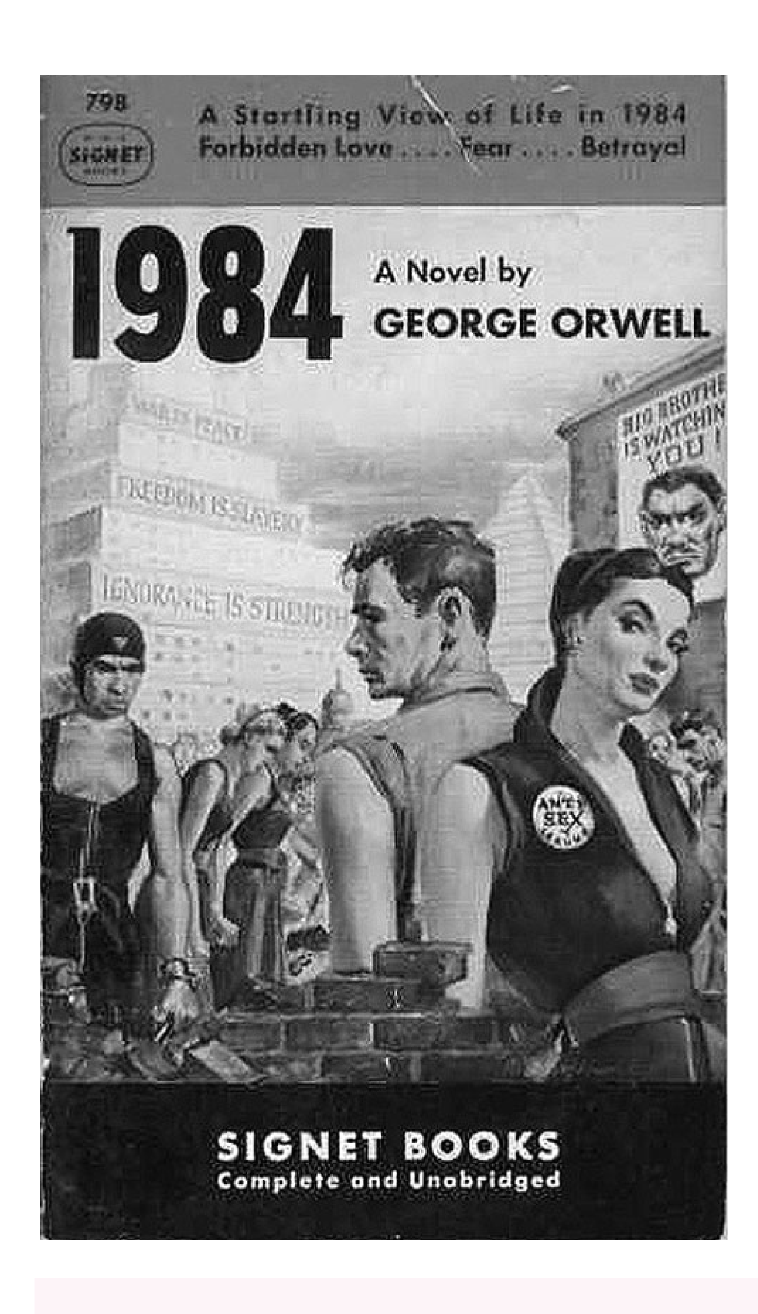
David Lodge (Londres, 1935), que estará en Buenos Aires durante la próxima Feria del Libro, era considerado hasta hace poco básicamente un escritor cómico, meramente pasatista, ya que así parecía sugerirlo buena parte de su producción. Pero su último libro hace necesario replantear este juicio. Desde *La caída del Museo Británico*, Lodge hará uso de un tono (paródico) que va a encontrar sus mejores momentos en la trilogía universitaria que conforman *Intercambios*, *El mundo es un pañuelo* y *¡Buen trabajo!* Así, el carácter estático del catolicismo, la educación concebida como una empresa privada, el turismo como la nueva religión laica y los terapeutas como los sacerdotes del culto neurótico, son algunos de los temas que le permiten a Lodge hacer un diagnóstico durísimo del mundo moderno.

Pero en su última novela, *Pensamientos secretos*, el humor apenas aparece bajo la forma de chistes casuales y de situaciones que no tienen nada de graciosas. Acá hay una apuesta mucho más fuerte, puesta en evidencia en la elección de su personaje principal, Ralph Messenger, un profesor estrella que se dedica a investigar el problema de la conciencia humana y la inteligencia artificial. Su *partenaire* es Helen Reed, una escritora que da clases de escritura creativa, mientras trata de escapar de la pena que le ha provocado la abrupta pérdida de su esposo. El encuentro de estos personajes produce el choque de dos concepciones del mundo totalmente distintas y será el núcleo argumental de la novela. El aparente esquematismo con el que Lodge parece dotar a la trama en un comienzo, sin embargo, pronto se complejizará por medio de las discusiones y el inevitable romance que sostendrán los dos protagonistas.

Con *Pensamientos...*, Lodge parece haber concebido una suma de toda su obra narrativa, ya que no faltan las parodias a Martin Amis, Beckett, Rushdie o Irvine Welsh, ni la reaparición como personaje secundario de la protagonista de *¡Buen Trabajo!*, ni las teorías sobre la ficción como algo necesario para la vida. La principal diferencia con sus libros anteriores es que aquí el tono del relato es marcadamente gris y la narración se resiste a tomar partido por Messenger o Reed, por la visión fría y avasallante de la ciencia o por el pensamiento creativo y los sentimientos.

Es significativo, no obstante, que toda la novela parezca girar sobre una cita de Darwin. En un momento Messenger reconoce que el problema hasta ahora irresoluble con el que se enfrenta la inteligencia artificial es el de procesar los sentimientos. ¿Cómo se los puede convertir en algo cuantificable? Entonces recuerda que Darwin, al no encontrar ninguna especie que tuviera el hábito de llorar, había anotado en su diario: "El llanto es un misterio". Quizás ahí, parece sugerir Lodge, radica una de las pruebas incontestables de nuestra esencia humana. En otras palabras, quizá la conciencia no pueda tener otra manifestación externa más evidente que el llanto. Cioran escribió que "no hay más que un signo que testimonie que se ha comprendido todo: llorar sin motivo". Y si aceptamos que no hay mucha diferencia entre la risa y el llanto, como han asegurado muchos grandes humoristas, no nos costará admitir que Lodge no parece haber hecho otra cosa que explorar esta idea a lo largo de toda su obra.

MARCELO DAMIANI



A 20 AÑOS DE 1984

El revés de la trama

Un oscuro día de abril de hace veinte años es el primer día que cuenta *1984*, la novela de George Orwell que, escrita originariamente en 1948 y publicada al año siguiente, sigue siendo un modelo de antiutopía y una forma de conjurar todos los terrores políticos. ¿Qué queda de ese universo sombrío a veinte años del "cumplimiento" de la premonición?

POR CARLOS GAMERRO

Durante el siglo XX la literatura inglesa fue el territorio privilegiado de la imaginación distópica; sus dos grandes modelos, *Un mundo feliz* de Aldous Huxley (la distopía made in USA, donde la gente es controlada mediante la satisfacción de todos sus deseos), y su contraparte, *1984* de George Orwell (la distopía modelo soviético, donde se los controla mediante la negación y frustración de todo posible deseo), pertenecen a las letras inglesas; y la tercera de la lista y heredera de ambas es la también inglesa *La naranja mecánica*. De las tres, *1984* es sin dudas la más aterradora, probablemente la peor de todas las pesadillas que la literatura haya jamás soñado.

Leí *1984* por primera vez en la adolescencia, y durante mucho tiempo me pareció la mejor novela que jamás había leído. Recalco lo de "mejor novela" porque uno de los estigmas que se le han adosado es el de su título (Orwell dudaba entre dos, el otro era *El último hombre de Europa*). Por llamarse *1984* muchos de sus lectores y críticos se han creído con derecho de tomarla como una profecía más que una fábula, y le han pedido rendición de cuentas por todas las predicciones no cumplidas. En tiempos de mi primera lectura todavía faltaban algunos años para la fecha fatídica, la Guerra Fría seguía su curso y si bien no parecía probable el cumplimiento de ese mundo que Orwell había entrevisto, guerra nuclear mediante (como sucede en su novela) todavía era posible. Cuando el año 1984 llegó finalmente, un suspiro de alivio pareció recorrer el mundo: Orwell se había equivocado, o, en otra variante, lo jodimos.

Reacción en principio injusta, ya que uno querría suponer que la intención política (y Orwell nunca escribía bien sin ella) de quien escribe una obra como *1984* es evitar que se cumpla lo que ella anuncia, y es justamente ese no cumplimiento lo que constituiría su triunfo. Pero la sensación de revancha alberga una oscura verdad instintiva. Orwell nos invita a un juego: va a seguir hasta el fin todas las implicancias de una palabra algo gastada, "totalitarismo", construyendo el modelo de un sistema de dominación social a la vez global e infinitesimal capaz de abarcar desde el desarrollo de las guerras intercontinentales hasta la mota de polvo que señala la inviolabilidad de un diario íntimo. En este juego totalitario final, el Partido modifica el lenguaje para que sea imposible pensar o sentir en su contra, modifica el pasado para que nada distinto de él haya jamás existido, elimina todo afuera y toda posibilidad de rebeldía –por lo que se ve obligado a crear también su propia oposición y los libros que lo denuncian–. "Encuentren la falla –parece desafiarnos Orwell–, díganme cómo se sale de esto." El juego, llevado hasta sus últimas consecuencias, nos lleva a la incómoda –quizás insoportable– sensación, sobre el final de la novela, de que O'Brien, el portavoz de las ideas y métodos del Partido, es Orwell mismo, y que nosotros somos el torturado Winston, que creía que alguna salida era posible.

Orwell parece haber caído en la trampa que luego también atrapó a Foucault: la pasión por denunciar sistemas de dominación y control cada vez más minuciosos y vastos termina convirtiéndose con el correr del tiempo en una perversa fascinación con la perfección formal de dichos sistemas, y la busca de salidas o zonas libres, motor inicial de la empresa, se hunde y empantana en un regodeo entre cínico y orgiástico en el "no hay salida". Thomas Pynchon, que de estas cuestiones entiende bastante, incluyó en su novela *El arcoiris de gravedad* la historia (o fábula) de la bombilla Byron, uno de esos legendarios productos indestructibles (en este caso, una bombita eléctrica que nunca se quema) que por su misma calidad suscita las iras del mercado. Perseguida, Byron se conecta con todas las demás bombitas y "va recogiendo datos de la maquinación, y cuanto más poderosa y clara se le aparece, mayor es su desesperación. Algún día lo sabrá todo, y sólo le servirá para quedar tanimpotente como antes. Sus sueños de juventud de organizar a todas las bombillas del mundo le parecen ahora imposibles... Tradicionalmente, los profetas no duran mucho: o son asesinados en seguida, o se les provoca un accidente... Pero la suerte de Byron es mucho mejor. Está condenada a no detenerse jamás, aun conociendo la verdad y su impotencia para cambiar nada... Su ira y su frustración aumentarán ilimitadamente y descubrirá, pobre y perversa bombilla, que empieza a gozar con ello".

¿Qué se puede decir, entonces, de *1984*, veinte años después? Una reflexión obvia es que parte de lo que se vivió con miedo durante el siglo XX es vivido en el XXI con aceptación y hasta con júbilo. Entonces, todos temían ser observados por el Gran Hermano; hoy, se ofrecen de a millares para participar en el homónimo programa televisivo: la temida pesadilla se ha vuelto anhelado sueño colectivo. Quedan, quedarán para todos los tiempos, algunas palabras e imágenes sin fecha de vencimiento, pues ya pertenecen, más que al mundo de la literatura y sus lectores, al inconsciente colectivo de la cultura: los eslóganes del partido ("La guerra es la paz", "La libertad es la esclavitud", "La ignorancia es la fuerza"), el cartel con la leyenda "El Gran Hermano te observa", la construcción física de un mundo entrópico, en permanente posguerra, y terminalmente feo (el Partido persigue la belleza con el mismo encarnizamiento que la libertad o el disenso). Y el final, para la literatura al menos, de una o dos ilusiones: que el último reducto de la libertad está en el interior de los individuos (el ingenuo "no pueden meterse dentro de tu cabeza") y que el amor puede, en última instancia, escapar de las redes de las fuerzas deshumanizadoras y ofrecer un refugio. Winston, humillado, torturado, quebrado, todavía tiene la suficiente fuerza, o dignidad, para enfrentar a O'Brien con el desafiante "no he traicionado a Julia", hablando no de la delación (lo ha hecho en la tortura, inevitablemente) sino de la continuidad de su amor por ella. Cuando lo haya hecho, cuando le pida a O'Brien que pongan en el rostro de Julia las ratas que están a punto de horadar el suyo, estará listo para transferir todo ese amor al Gran Hermano, y la novela –y la Historia del hombre, "el último hombre" como lo llama irónicamente O'Brien– habrán terminado.